

## EL ESPAÑOLISMO UNIVERSAL DEL CANARIO GALDOS \*

Salvador de Madariaga

Cuando mis amigos de Tenerife me hicieron el honor de invitarme a presidir vuestra sesión inaugural, prisionero como estaba en Locarno de la censura médica, les propuse mandarles unas cuartillas sobre el gran novelista que las Islas Afortunadas han dado a España. En mi entusiasmo llegué hasta proponer que quizá os mandara una cinta magnética. Patética ilusión. El último texto que he sido capaz de leer, fue mi discurso de recepción a la Real Academia de la Lengua, el 2 de mayo del año pasado. Me recordó (aunque mi mal de ojos, que me impedía leer no llega a la ceguera) aquel dicho popular: «Soñaba el ciego que veía y soñaba lo que quería». Conste pues que estas palabras que oireis sobre nuestro genial novelista, las he escrito yo pero no os las podré leer. Y de antemano agradezco esta lectura a quien me lea lo escrito.

Con esto y con agradecer de todo corazón el honor que me haceis, comenzaré lo que sobre tan hermoso tema he creído oportuno decir hoy.

Partamos siempre de que la obra de arte es la transmisión de un estado de ánimo de un ser a otro. Una obra de arte literario como lo es la de Galdós será pues un conjunto de obras de arte, un juego de puentes de espíritu entre el ser de Galdós y los seres humanos que en el curso de los tiempos han recibido su mensaje.

Basta enunciar estas líneas generales de nuestro tema para poner de relie-

\* Estas cuartillas, enviadas por el gran escritor Salvador de Madariaga, fueron leídas en la primera sesión plenaria del Congreso.

ve la importancia del sujeto que causa el estado de ánimo transmitido por el escritor a sus lectores. Toda la obra de Galdós es un cuadro, casi vale decir un retrato del alma española. Este aserto dice más de lo que parece. Si se compara su obra con la de Pereda, con quien tanto discutió, pronto se echa de ver la diferencia. El gran novelista de la Castilla costera llega al hombre universal no tanto por lo hispano como por lo regional. Otro tanto cabe decir, aunque más atenuado, de Blasco Ibáñez. La obra de Galdós es un vasto paisaje del alma española.

Suele a veces insistirse en que era isleño, vestía, comía y vivía como isleño y era por tanto modelo vivo de lo que podríamos llamar el isleñismo. A mi ver, estos aspectos de su vida, con ser atractivos y a veces graciosos, no presentan la importancia que tiene el rasgo más profundo de su isleñismo, o sea, que con ser tan honda y preclaramente español, Galdós tiende a ver a España como tal España total, es decir, como si fuera extranjero.

No cabe decir que esta observación sea sólo somera y extensiva. Implica también una dimensión vertical. Al mirar a toda España, la ve más hondo: como el árbol y sus ramas, para hallar donde las regiones se encuentran en el tronco que a todas incluye y vivifica, hay que ir a lo más profundo y esencial. Porque —y aquí está el secreto de lo que vengo diciendo, lo meramente regional será siempre más somero que lo nacional. Lo español es lo más profundo que vive en todos los españoles.

Por esta causa estimo que Galdós logró el nivel profundo de su españolismo por haber nacido en Canarias, desde donde sintió lo que llevaba dentro como español y observó lo español sin embargo por verlo desde fuera.

\* \* \*

Esta situación peculiar de interno-externo le era común a Galdós con la de todos los españoles nacidos o criados en las Islas Afortunadas; pero, claro está que en cada caso daría lugar a resultados marcados al sello de cada ser individual. No hay que extraviarse en cuanto al ser de Galdós; sobre todo intentando ponerle motes. Erraríamos motejándolo de intelectual. No lo era, si por ello se entiende una persona de interés predominante en lo abstracto y las ideas generales. En esto como en tantas otras cosas, Galdós se revela típico español. Las ideas generales no le interesan. Las cosas, según. Lo que sin duda le interesa más es el ser y el mundo de las personas; y a fe que es lo más fascinante, poderoso y misterioso que hay; porque cada hombre o mujer lleva en su fuero interno otro abismo sin fondo, tan sin fondo como sin límite alto es el cielo-tierra que contemplamos, al modo como cada lago, sea cual fuere su profundidad física, refleja un abismo insondable en su profundidad.

Este mundo a la vez tan público y tan secreto, era el objeto que provocaba los estados de ánimo que fue su arte y vocación representar. Era un

español nacido universal; y al encontrarse a la vez fuera y dentro de España, su condición natural le vino como un guante a su temperamento de isleño. ¿Qué contemplaba? España, pero la de todos los españoles; y allende España, Europa. Galdós, en un siglo, a veces provinciano a fuer de nacional y aun regional, patrichiqueño, se alza como el más universal porque más humanista de los escritores españoles.

No iremos a él para aprender filosofía; pero sabemos lo europeo que era en sus lecturas, y la acuidad de su acerado intelecto al escudriñar las ideas de otros grandes espíritus europeos.

El, no obstante, permanecía firme en su terreno de artista; y ya desde sus primeras obras, no diré que sigue a tal o cual gran europeo, pero sí que, con su modo sencillo, sin pretensiones ni gestos de feria, precede a los Freud con la genial intuición de que da pruebas en *La Fontana de Oro*.

Que todo esto sea fruto de una intuición profunda y certera, como la que admiramos en Cervantes, es cierto; pero algo habrá que atribuir también al feliz azar que le hizo nacer español al margen, observador natural de toda España sobre el fondo que corresponde a España, que es el europeo.

\* \* \*

Se me antoja que esta perspectiva —punto de vista en Canarias, ojea de, España-Europa— ha dominado o, quizá mejor, determinado la vida entera de Galdós, porque era la de su fuero interno; y que veía a España en relación a Europa como la patria chica en relación a España, digo así como una «isla adyacente». Por otra parte, como antes lo sugerí, aunque no fuera más que por esta perspectiva, Galdós europeizaba a España. No entiendo que la transfiguraba o embellecía, sino que la veía como la parte inherente que es del continente europeo.

Y claro que no estamos hablando de mera geografía. Estamos intentando definir a Europa como un continente del alma humana. Sabemos que este continente se caracteriza por una importancia intelectual-espiritual tan sólo igualada si acaso por China y la India; y que la agudeza de su carácter e inteligencia no conocen rival; y suponemos que ello se deba a tratarse de un continente en el que los obstáculos naturales para la comunicación humana han sido siempre bastante rebarbativos para permitir que se formasen en su ámbito numerosas zonas bien limitadas donde se han ido acumulando siglo a siglo la crema de una cultura regional, nacional, histórica; pero que estos obstáculos no han sido tan invencibles que impidiesen toda comunicación; con lo cual pudo irse formando con el tiempo, una crema o selección de los mezclados, que en su misma mezcla de sangre hallaron el estímulo que los elevó al alto nivel de creatividad que lograron —porque el vigor intelectual crece con el diálogo de los distintos.

Esta Europa, así preparada por la geografía y por la historia, vino a ser el riquísimo cauce de dos grandes ríos del espíritu, el de Sócrates y el de Jesucristo. Por el río socrático, fluye en el alma europea la iluminación del intelecto por la sed de verdad. Por el río de Jesucristo, fluye en el alma europea la iluminación de la voluntad humana por la bondad. La contemplación de Europa lleva a todo espíritu fuerte al cultivo de la inteligencia en Sócrates y al de la voluntad en Cristo.

Creo que he dicho bastante para hacer resaltar los dos temas favoritos que ya sueltos ya entrelazados, constituyen la esencia de la obra galdosiana. Su tipo de «ingeniero», tantas veces re-escrito, corresponde al hombre socrático. Su tipo de hombre religioso, pero no siempre ortodoxo en sus creencias, corresponde al deseo (socrático) de eliminar creencias superpuestas (supersticiones) para concentrar la atención en Cristo y su doctrina esencialmente humana.

Cada cual podrá recordar tal o cual de las obras de Galdós para ver cómo coincide su principal preocupación como novelista con uno u otro o ambos de los dos grandes ríos espirituales que constituyen a Europa; y, en particular, su debate de siempre con Pereda no aspira más que a apartar (con el mayor respeto) los obstáculos dogmáticos y doctrinales para que Jesucristo quede así más resplandeciente que nunca en el verdadero sentido de la Crucifixión.

\* \* \*

Pero, cuidado. La novela no es ni la filosofía ni la teología; y si Galdós hubiera sido filósofo o teólogo, no estaríamos aquí todos celebrando su nombre tantos años después de que la muerte le soltó las amarras corporales que lo ataban a nuestro planeta. Y conste que no estoy hablando de filosofía y teología por mera simetría, con Sócrates y Jesucristo, sino porque, en mi deseo de pergeñar un bosquejo de nuestro gran isleño, y al referirme a Europa, han salido a la superficie del pensamiento los dos grandes ríos del espíritu europeo, que son Sócrates y Jesucristo; y sucede que el uno nutre de pensamiento a los filósofos y el otro inspira a los teólogos. Ahora bien, más de una vez me ha ocurrido pensar que, si existe un territorio verbal en el que «España es diferente», es precisamente este que ahora nos toca ocupar; porque ocurre que los europeos, en general, son filósofos, mientras que los españoles somos más bien teólogos.

Que cada uno explique el hecho como mejor le parezca; pero el hecho queda. Y se aplica a Galdós. Sus tipos de ingeniero moderno o de economista no le salen tan bien como sus seres religiosos, ya sean abiertos o cerrados; y él, personalmente, se siente más feliz cepillándoles a las imágenes de su iglesia el polvo inquisitorial que pintando como «imágenes» modernas tal

o cual héroe de hoy. Porque, en el fondo, Benito Pérez Galdós es un teólogo que se siente filósofo, es decir, es un español que piensa.

Por más que piense, el español castizo no se hallará jamás a gusto catalogando mariposas o capas geológicas, analizando minerales o precisando los siglos de vida de tal o cual especie; consecuencias todas de un planeta al cual, para merecer tal atención, le falta eternidad. Dése de ello cuenta o no, el español no se entrega al estudio científico de la naturaleza con el entusiasmo del europeo, porque no le parece digno de su propia alma inmortal. No quiere (como dijo patéticamente San Francisco de Borja) servir a señor que se le pueda pudrir. Hay un dicho popular que lo revela con sorprendente vigor. «¡Salga el sol por Antequera!» —«Pues salga por donde quiera»—. O, con otras palabras: ¿La ley de la gravedad? Y a mí ¿qué?

No es desacato sino acato a un mundo y a un mando superior. Allá los filósofos o, mejor, las filosofías europeas se pongan a luchar por su verdad, cada uno la suya: pero el mundo es de Dios. De modo que ¿quién sabe?

Estas consideraciones explican quizá uno de los aspectos más misteriosos de nuestro novelista. La España que pinta no es cosa muy de admirar en cuanto a economía y sociología, ni desde el punto de vista de la religión, aun la del país. La mirada penetrante de Galdós lo ve todo. Nada más contrario a su modo de ser que ver las cosas color de rosa. Los negros de su pintura, negros son. Pero Galdós no es un escritor deprimente como Balzac, retozante como Dickens, desgarrador como el tremendo Dostoyevsky. El color general de su gran cuadro de España no es sórdido. Es natural. Es el color de la vida. Y este elemento de sana serenidad aun en el fondo del dolor se debe sin duda a que Galdós ve la humanidad con todos sus defectos y aun crímenes, pero dotada de un espíritu predestinado a salvarse.

Nada más elocuente a este respecto que la correspondencia de Galdós con Pereda: «Nunca», le escribe Galdós, rechazando el dictado de volteriano, «creí hacer una obra antirreligiosa, ni aun anticatólica, pero menos aun volteriana... Habrá de todo menos eso. Precisamente me quejo allí (y todo el libro es una queja) de lo irreligioso que son los españoles. Yo no he querido probar en dicha novela [Gloria] ninguna tesis filosófica ni religiosa, porque para eso no se escriben novelas. He querido presentar un hecho dramático verosímil y posible, nada más» (10.iii.1877).

Tan lejos está Galdós de la postura «moderna» del librepensador ateo que en la misma carta escribe: «Yo abomino la unidad católica, y adoro la libertad de cultos». Bien. Pero ¿es porque ve así el fin del catolicismo? Escuchémosle: «Creo que primordialmente si en España existiera la libertad de cultos, se levantaría a prodigiosa altura el catolicismo, se depurarían las creencias del fanatismo que las corrompe, ganaría muchísimo la moral pública y las costumbres privadas, seríamos más religiosos, más creyentes, volveríamos a Dios con más claridad, seríamos menos canallas, menos perdidos

de lo que somos. En todo soy escéptico, menos en esto» (Carta de 10 de marzo de 1877).

La postura es clara. Católico ¿por qué no? Pero no de los de Pereda para quien el dogma es intangible. «El defecto consiste en que *Gloria* ofrece una punzante sátira religiosa, y al hacerla, el autor ha presentado el asunto bajo un punto de vista particular, despojado de toda imparcialidad...» (Carta de Pereda, 9 de febrero de 1877). Y después añade: «No me desagrada que proteste Vd. contra el adjetivo volteriano; sin embargo, hoy lo merece Vd. proponiéndose arraigar (debe decir «desarraigar») las creencias religiosas, predicando la transacción y las mutuas concesiones en el dogma que es indivisible e inalterable por su origen divino...» (Carta del 16 de febrero de 1877).

Estamos pues ante un aspecto constante de los que podríamos llamar *liberales* españoles, entre los cuales ocupa Galdós lugar eminente. El liberalismo intelectual español propende no al ateísmo, que es normal en los europeos, sino a un deísmo que acoje con simpatía al católico exento de dogmatismo. Creo haber explicado en otros lugares \* que el pensamiento español se ha resistido siempre a seguir a sus amigos europeos cuando se desvían hacia el ateísmo precisamente por estimar que la creación no es explicable sin el Creador. Tal fue el caso de Galdós y tal al de Unamuno. Por eso es posible esperar que por la influencia del deísmo liberal logre la Iglesia Española llegar a una era de gran vigor, sin la cual no parece probable que se aclimate en nuestro país lo que ahora se da en llamar democracia y que es mucho más español de lo que parece con tal de que lo llamemos por su verdadero nombre que es *la libertad*.

\* \* \*

Demos por bien trazado y pintado ya el novelista Galdós, quizá el más grande de cuantos han descrito la vida de los españoles después de Cervantes. En mi opinión, se justifica este juicio por las dotes de artista y de hombre de letras que lo distinguen y que lo colocan a la altura de los más grandes novelistas del siglo XIX.

No es cosa de rehacer aquí este esbozo del Galdós literario. Conviene, sí, precisar que Galdós figura con igual eminencia entre los espíritus creadores y guías espirituales de la España del XX. No me duelen prendas y aspiro a ser claro, plazca o no a los que no van en mi carro a misa. La España del siglo XX, que Galdós contribuyó a crear, es profundamente europea, por lo tanto, es socrática; pero, enseñada por los ingenios españoles como Cervantes y Galdós, sabe penetrar en los arcanos del subconsciente, que yo prefiero

\* Como *Retrato de un hombre de pie y Dios y los españoles*.

llamar *sotasi*, y en cuanto al conocimiento del ser humano, se atiene al más sabio de los dichos de Sancho Panza: Cada cual es como Dios lo hizo y a veces peor.

España es cristiana. Pero el talante español, aunque tan socrático en lo intelectual como el del resto de Europa, se ha resistido siempre a seguir aquel sector de la inteligencia europea que se entregó sin reserva al racionalismo hasta volver la espalda al principio de que no hay creación sin Creador.

No hagamos estadísticas comparativas de los que piensan como Galdós o creen como Pereda. Las cosas del espíritu no se pesan al kilo. Basta con tener conciencia del tesón con el cual los liberales españoles se han negado a aceptar un concepto mecánico de la vida, cómo se resistieron Canalejas, Castelar y tantos otros para que nos demos cuenta de que en este aspecto de las cosas lo que se ha dado, algo donosamente en llamar la revolución científica, no ha logrado el asenso de los espíritus liberales españoles porque estos estiman que no hay creación sin Creador. Pues qué, ¿no era Galdós el creador de la obra galdosiana? Y ¿no es acaso el más excelso elogio que cabe hacer de los grandes espíritus que son aquellos a quienes el Creador abre su taller para que tomen parte en su creación?